

Bicicletas blancas

Son dos hermanos que se idolatran tanto como adoran sus respectivas bicicletas. Desde chicos domaron el caballito de dos ruedas y no se bajaron nunca más de él. Tienen cinco años de diferencia y muchas cosas en común. Ambos tienen su casa en el mismo barrio; son del mismo signo del zodiaco, mueren por las pizzas, viven por las chelas; a veces comparten un vuelo inocente montados en el mismo humo.

Cada cual sale a las 7 de la mañana rumbo a su trabajo; él, en el área del diseño y ella, en el de la antropología. Ninguno es religioso, menos devoto, sin embargo, también unidos por esta curiosidad, los dos veneran una bicicleta blanca cuando van camino a sus respectivas oficinas. Ella, una amarrada a un árbol y él, a unas pocas cuerdas, una soldada a un poste. Meditan sobre la fragilidad de la vida, la irresponsabilidad de los microbuseros y automovilistas, que muchas veces conducen ebrios, las precauciones que deben tomar como ciclistas en una ciudad indolente que recién empieza a adaptarse a esta inofensiva cultura en movimiento. Se encomiendan a esas bicicletas pintadas de fantasma para que ningún amante del pedaleo y de la ecovida tenga accidentes serios ni, menos aún, mortales. Antes de retirarse, les desean a sus desvanecidos dueños, que hayan encontrado la paz de sus almas, el descanso de sus cuerpos y una pista en alguna parte del universo para seguir cicleteando.

Cuando se encuentran en el pequeño espacio demarcado por una u otra de aquellas animitas con ruedas que frecuentan a diario, conversan sobre cómo han resistido la lluvia del último invierno o comentan cómo las flores de papel o plásticas han ido cubriendo paulatinamente marco, sillín, rayos y manubrio de esas sobrecogedoras esculturas espontáneas. Muchas veces imaginan que ellas son novias coronadas de azahares esperando eternamente casarse con alguien que ya no vendrá. Otras veces observan cómo brotan pequeñas plantitas floreadas que se han abierto paso entre los pequeños resquicios de tierra entre los adoquines, y que manos devotas y anónimas riegan cada vez que pasan por ahí.

Siempre comentan cada nueva ofrenda: un remolino multicolor, un pedal, una botellita para el agua, una zapatilla, un osito de peluche, reflectantes y velas que alguien enciende en las noches para encomendar esa alma que ha quedado suspendida, quizá por cuánto tiempo, en plena esquina de su muerte violenta. En ocasiones, aparecen cartas anónimas plegadas o echas un rollito amarrado con cinta, que nadie se atreve a leerlas.

En febrero, esas bicicletas de nadie y de todos, suelen verse estampadas con corazones. En septiembre, adornadas con banderitas chilenas. En esas y otras fechas significativas, los hermanos dejan correr una lenta lágrima que recorre zigzagueante el rostro, como sufrido envión arremetiendo la subida del cerro San Cristóbal. Al reanudar cada cual su ruta, se desean suerte, se intercambian un “¡cuídate mucho!” y se despiden.

Los fines de semana dejan, durante un par de horas, sus respectivos hogares, sus quehaceres cotidianos y las familias que han construido para poder estar juntos. Cambian la rutina del cicleteo diario y se pierden pedaleando sin planificar viaje alguno. Siguen alguna ciclovía hasta que termina y continúan por la calzada. Recorren calles nuevas, disfrutan la vista de parques, edificios antiguos o modernos, otras gentes que pasean en bicicleta o a pie, corredores aficionados, amos con sus amados perros, caminado o jugando. Sienten la brisa en sus rostros y van compartiendo la misma plenitud. Saben lo que cada cual va sintiendo a medida que avanza el paisaje.

Ellos han escuchado que los hermanos gemelos tienen condiciones especiales. Saben que a veces uno de ellos puede sentir el dolor del otro, o que, si están en lugares geográficos distintos, perciben dificultades o alegrías de un cierto modo telepático. Pero estos hermanos no son gemelos. Por eso piensan que algo inusual los une. Se divierten imaginando que sí fueron gemelos en vidas anteriores, o madre e hijo, o amantes que murieron condenados y que al momento del sacrificio prometieron seguir juntos eternamente, amándose por sobre el tiempo y el espacio, en distintas formas. Pero solo es un juego; ambos son agnósticos y solo esperan que la vida les vaya descubriendo el misterio que tal vez se les revelará después de la muerte.

Siempre tratan de evitar pensar en la desaparición del otro. Este tema está en la frágil flor de sus pieles. Algunos de sus amigos ciclistas han sufrido accidentes serios. Uno de ellos, amigo en común, se mantiene en estado vegetal. Van a verlo juntos o por separado casi todas las semanas. Un excompañero de universidad de

ella y una amiga del trabajo de él tuvieron tal vez mejor suerte; murieron inmediatamente después de la embestida. A veces se sorprenden pensando cuál sería la muerte que podrían soportar mejor uno respecto del otro. En caso de que fuera repentina, aún no deciden cuál sería menos terrible: una enfermedad terminal, un infarto cardíaco o al cerebro, o un accidente haciendo lo que más aman, montar una bicicleta. Al final, escabullen la respuesta y uno de los dos se adelanta augurando: “¡Yo me voy a morir primero que tú, así que no te daré el privilegio de que me hagas sufrir!”. Por mientras, como un conjuro que espante los malos espíritus, acuden a protestas de ciclistas furiosos, a marchas masivas solicitando vías adecuadas, o a cicletadas por el derecho a circular sin peligro protegidos por una nueva e inclusiva Constitución del Estado.

Ahora se instala un nuevo y extraño tema entre ellos. El paseo habitual del fin de semana se ha prolongado más de la cuenta. El aire regala un viento tibio inesperado y la tarde, el improvisado canto de un zorzal. El silencio entre ambos es un hilillo de plata que se va tensando con todo aquello por decir. Pero ninguno habla. Detienen las bicicletas porque han llegado al punto en donde tienen que separarse para volver a sus hogares. Entonces, algo los toma desprevenidos. Los sorprende, los desconcierta. Algo que no habían imaginado hasta este segundo. Una especie de exquisito bocado con desagradable sabor a culpa y vergüenza. Al despedirse se besan en la boca. Primero, un beso sin trascendencia aparente, casi como un gesto torpe, como un lapsus de la memoria, como una palabra inconexa. Luego, sin prisa, otro buscado, consciente, rastreando el placer, con

templanza profunda y afecto inefable. No se dicen nada, solo se separan lentamente y cada cual regresa por su ciclovía cotidiana.

Como una manera de encontrar explicación a lo acontecido, y esperando iluminarse para asimilar el incestuoso guiño reciente y voluntario, cada cual se detiene en la respectiva bicicleta blanca que visitan a diario. Y así, distantes uno de otro, encuentran simultáneamente la respuesta. No son hermanos de padre ni de madre, no son hermanos de sangre. Alguien ha puesto entre las flores de una de las bicicletas y entre los rayos de la otra, una foto. En una aparece el rostro sonriente de ella; en la otra, el rostro sereno de él. Sus nombres estampados demuestran que los apellidos de ambos no coinciden. Comprenden entonces que sí son hermanos, pero hermanos de ruta, hermanos de muerte.